

Juan Sandoval Carrasco

Veinte años en la brecha (1)



HACE veinte años que un grupo de muchachos, con el alma plena de ansias y de torturas cruzamos la pesada puerta de la Escuela Normal que, obediendo a un simbolismo elocuente, da a los extramuros proletarios de la aristocrática «Alameda de las Delicias» de rango y abolengo histórico, para ir a vaciarnos en las pobres aulas olvidadas de alguna pobre Escuela Primaria, es

(1) Juan Sandoval Carrasco es uno de los más destacados profesores chilenos. Durante veinte años de silencioso ejercicio profesional ha evidenciado la rectitud de su vocación y una alta calidad pedagógica. Hombre de fina sensibilidad humana y social, ocupa el alto cargo de Director de la Escuela Experimental de Desarrollo, única en Chile. Escritor y estudioso, vive entregado a su Escuela y a la labor de divulgación de los problemas técnico-pedagógicos. La literatura infantil tiene en él a un animador inteligente y sagaz. Ha sobresalido en la investigación de los problemas del niño retardado mental, sobre los cuales viene publicando importantes folletos y libros. A su cargo han estado cursos especiales sobre esta materia en las Escuelas de Verano en la Universidad de Chile. Este fragmento que ahora entrega al público, pertenece a su próximo libro *Memorias de un maestro*. En un estilo brioso y equilibrado, el maestro y el escritor, desata el cordel de sus recuerdos y nos reconstruye así, una época atravesada de sueños y luchas, de esfuerzos y experiencias; pero que, sin embargo, supervive en el corazón de los que aun siguen «en la brecha», alertas y responsables, creando para encauzar los destinos supremos de la infancia, vale decir, los destinos del hombre.—V. P. O.

decir, para llegar a las raíces mismas del pueblo, a las napas intocadas de que se nutre la nacionalidad. Epocas de convulsiones políticas y económicas aquellas, «tiempo de desprecio»—como diría Malraux—de viejas tradiciones en quiebra con sus capitales morales y espirituales. Un nuevo concepto de la vida se esbozaba ya, tímidamente, en corrillos y asambleas. Una guerra había aniquilado a medio mundo, que se rehacía para seguir su senda de catástrofes.

El pueblo se aglutinaba alrededor de unas cuantas consignas vacías, empezaba a ensayar los primeros automatismos de una militancia desarraigada. Los intereses de castas—ególatras y troglodíticos—buscaban a las sombras al espantapájaros que trocara en noche la aurora que soñaban ojos multánimes. Confusión y caos, arrebatos y miedos tal el medio a que salimos con una misión subyacente en el borrón de hombría de nuestros labios adolescentes. Muchos marcaron huellas en sus primeros pasos, otros desertaron de un apostolado en la soledad; de los que nos quedamos, algunos se dieron en pira heroica a sus afanes, otros están juntando años como quien siembra flores para llevar a su tumba.

¡Han pasado veinte años! Muchos de los niños, entonces¹ sonrosados de ilusiones, son, ahora, hombres que se asoman a espejo a meditar en las hebras blancas que orlan sus cerebros cansados, las conquistas ambiciosas que llenaban nuestro jolgorio son montones de derrotas que curvan nuestras espaldas; en otros, el niño de hace veinte años se fué sin huellas, y en algunos pocos, el hombre del cálculo frío, todavía no los conquista. Aun cuando nuestra experiencia de maestros se inició y ha continuado diferente a la de la mayoría, creemos que refleja, o que puede reflejar un ambiente y una actitud y es por esto que la dedicamos a todos los que hace veinte años, dejamos la vieja casa de Sarmiento y que ahora, en algún lugar de esta «loca geografía», están en plática con su destino.

I. EL NIÑO QUE LA NORMAL NOS OCULTÓ.

Llegamos a una Escuela en que la coerción—pedagogía de tortura—era el alfa, y el omega de la ignorancia y del egoísmo. Los profesores, entes sedentarios, frente a la adusta figura de «vigilante» y de su bastón; patios amplios o minúsculos trozos de páramos, grandes salas o cámaras de nieve; niños con rictus de hombres vencidos; en todos y en todo, desprecio a la vida; el que desata caminos por falta de techo y de pan; el perseguido por haber saciado hambres con mendrugos ajenos y el que quiso vengar injusticias con un semejante cualquiera estaban allí bajo un mismo estigma: precoces enemigos de una sociedad que les desconoce y de la cual nunca recibieron amparo. Ellos fueron nuestros discípulos y, al mismo tiempo, nuestros primeros maestros en el arte difícil de la vida. Con cuánta emoción nos acercamos—un compañero y yo—a ese escondido rincón de los desperdicios de la sociedad, a las almas de esos niños y adolescentes, víctimas propiciatorias del egoísmo y de la maldad colectivas, que se hace impune a fuerza de códigos y de leyes, tan deshumanizadas como el tronco retorcido de un espino en la soledad de la montaña. Lo poco que sabíamos de pedagogía lo guardamos debajo del colchón y tuvimos que intuir e improvisar lo que no nos habían dado libros ni maestros, el ancho gesto de comprensión humana sin cánones ni posturas.

Eramos tan niños como muchos de nuestros alumnos por la fisiología y menores que todos por la experiencia; la débil bujía de la conciencia profesional, que no se nos había encendido antes, inundó los claroscuros de nuestras almas, perdimos las fórmulas de la taumaturgia pedagógica, pero llegamos a los filtros del amor, que es la introducción ineludible de todo apostolado.

Los que nos recibieron con pullas, pelotillas y tachuelas, los que se negaron a darnos el rostro, los que se burlaron con la palabra y con la expresión equívoca terminaron por ser nuestros amigos, nuestros compañeros de juego, terminaron por vaciarnos,

en la confianza cordial, el acíbar de sus existencias torcidas. Más fácil nos fué vencer la resistencia de los niños que doblegar los hábitos congelados de los adultos, maestros y funcionarios adocenados y arterioescleróticos de oficialismo. En las reuniones, que nosotros convocamos, fuimos la parte contractuante de todos los formulismos burocráticos, fuimos la defensa del niño contra la inversión de la vida hecha reglamento, nunca autorizamos un castigo y siempre pusimos ternura en las carnes que sufrieron la ignominia del azote, en las almas obscurecidas por la vergüenza, contribuimos a abrir muchas puertas que nunca antes habían girado sobre sus goznes, barrimos con muchos ídolos de barro, terminamos con muchos mercaderes y el sol, que antes se avergonzaba de bendecir aquella ignominia, penetró a raudales en patios y en salas, en pupilas y en almas...

¡Dos años en esa Escuela! Allí nos hicimos hombres y allí comprendimos muchos de los resortes invisibles que mueven a los hombres y a los pueblos en sus automatismos de agresión y de defensa; comprendimos la distancia insalvable que existe entre los códigos que reglan la convivencia y los hombres que son los dueños de la acción; sentimos la vaciedad de fórmulas y actitudes que surgen de la letra interesada de una tradición, pero que desconocen la sangre del individuo; vimos que las instituciones creadas para levantar al hombre, para hacerlo dueño de su destino, estaban calculadas para doblegarlo a intereses que no podían ser los suyos. Nos hicimos un hueco perdurable en las almas de esos niños, que abrimos con amor: muchos enderezaron la ruta y son ahora hombres de hogar y de trabajo que no nos olvidan, otros fueron impotentes ante la inercia del hábito y continúan una vida que es constante azote en sus carnes. Pero, todos nos recuerdan, no se avergüenzan de esa prisión que convertimos en hogar y cuando nos encuentran, adivinamos en sus pupilas ese trozo de infancia que les salvamos.

Pudimos habernos convertido en ácratas o en demagogos de

la «injusticia social» y haber trepado a organizaciones gremiales, sindicales o políticas a gritar y a contaminar nuestra palabra con la ciénaga de los intereses partidistas, pero nos salvó nuestro ideal de servicio y nuestro escepticismo de todas las poses. Robustecimos, así, con fibra social, nuestra actitud docente. No se puede hablar de justicia, ni de economía planificada ni menos aún de democracia cuando en los subfondos de la sociedad, en el abandono de los hombres y de las leyes, vegetan sesenta mil niños, cuando cuatrocientos mil no pueden recibir la bendición del alfabeto y doscientos mil deben agostar su desarrollo psicobiológico en el trabajo prematuro. En una sociedad que se preocupa de sus reservas humanas y que tiene clara noción de su misión y de su perspectiva histórica no puede primar, en la solución de los problemas nacionales, el interés de la casta o del credo partidista, unos y otros miopes con los verdaderos intereses colectivos. Hay una misión suprema para el hombre y que debe serla para el Estado: el niño; en él se mejora al individuo y se edifican las nacionalidades. Es paso de esquizofrenia la política que pone en marcha planes racionales de economía, olvidándose de la base única de todo plan que deben ejecutar los hombres y servir a ellos: el hombre y, más que la actual, el que le suceda, el niño. El instante que pasa, tiene significación en tanto comprende que vale en razón de los instantes que se sucederán. Comprendimos la cruel mentira de los convencionalismos y la profanación de los conceptos sagrados de la tradición histórica y llegamos a justificar, como a un azote del destino, los años de tiranía que alargaron en el tiempo nuestro atraso feudal. Pero no perdimos la fe en el hombre y pensamos que, aunque momentáneamente adormecido por estupefacientes de todo género, llegará un día a encontrarse en sí mismo y a retomar los hilos de su destino.

II. OTRO NIÑO QUE IGNORÁBAMOS.

Dejamos, alumnos y maestros, los viejos muros de esa Escuela; logramos para ellos una Ley y un pedazo de naturaleza rural, trabajo con la tierra y más cara al sol. Nosotros no les acompañamos. Creíamos cumplir en nuestra conciencia, una etapa de la ruta sin término. Volvimos a la Normal a confrontar la vida que habíamos ganado con el texto que habíamos perdido. Pero, no lo recuperamos, le dejamos allí arrojado como algo que ya no sirve en el tremendo hacer de la vida.

De la visión del desamparo familiar y social en que se larvan las miserias del alma y del cuerpo, llegamos a conocer otra fatalidad, ahora no injusticia de los hombres, sino obra del azar distributivo de la naturaleza. El ausentismo escolar, fuera de las causas económico-sociales que lo condicionan, obedece a razones naturales, la falta de capacidad de muchos para adaptarse a exigencias, para percibir obligaciones, para accionar impulsos: son los deficientes mentales, niños que, sin ser un peso muerto, constituyen una carga que hay que aligerar. Nosotros, que habíamos estudiado psicología en la Normal y que en los primeros años de docencia supimos, viviéndola, lo que es la sociología y la filosofía, ignorábamos, todavía, que las diferencias individuales líricamente descritas en los textos, contaminaban amargas sin término en los seres, sobresaltos en la sociedad y detenciones en su evolución. Así como para tener una apreciación objetiva de leyes e instituciones jurídicas, hay que haber vivido en un reformatorio, así, para conocer el potencial de inteligencia y sus formas de expresión, hay que haber alternado con los seres que la tienen alterada o inhibida.

La atención educativa de los deficientes mentales fué hasta entonces—1929—una aspiración de algunos corazones bien puestos. Se iniciaba, y nosotros llegamos, como a la cuna del recién nacido, a presenciar en morfología informe, la proyección

robusta de un cuerpo y de una esperanza. Las cifras pavorosas de la insociabilidad fueron puñales en nuestra conciencia, mientras nos deslizábamos por los intrincados laberintos de esas almas en sombras. A través de un centenar de niños, pudimos intuir toda la vasta concatenación causal de un descuido de la naturaleza y de un olvido de los hombres. Cuando un objeto no nos sirve lo echamos al cuarto de los deshéchos, pero un niño, para bien o para mal, es un ser humano al que debemos asistencia y protección, si es que queremos crecer en él, proyectarnos en él y escribir un trozo de nuestra propia historia en su alma sin premuras cronológicas. La educación, que debiera ser la herramienta estatal de la diferenciación, era el rasero de la igualdad pero los niños, como los cristales, no son iguales; unos y otros poseen sus fulgores, la inteligente talla de sus aristas les volará mejor ante la codicia de la vida. El niño no es un átomo de la infancia, como en las psicologías y en los códigos, tampoco es el germen del hombre; el niño tiene un sentido, una fisonomía y un valor independiente de prejuicios, es una personalidad, latencia valorativa y normativa que los hombres deben encauzar, si es que quieren eludir la fatalidad de su propio destino.

Nuestra palabra joven conquistó almas resentidas, ahora esa palabra estremecida de corazón era impotente para alcanzar almas ahitas de ventanales de comprensión. Pero había que hacer la luz en ellas, no con el arco tenso del símbolo heleno, sino con el pico incansable de la parábola rodoniana. Estábamos ante una muestra infinitesimal de los miles de niños de piernas entrabadas por la ineptitud de sus espíritus, había que darles movimientos, darles alegría, darles deseos, darles un «yo». Trabajo lento de amor sin tasa, de entrega sin descanso; trabajo humilde sin resonancias, pero labor humana en las que se forjan resoluciones pétreas.

Ese grupo de maestros no sintió el lento pasar de los años, cinco, diez, quince... en el trabajo como en el primer día, como con el primer impulso, pero ahora con la certeza de la aventura

difícil, con el conocimiento exacto de lo cumplido y de la vastedad de lo que es proyecto. No fueron vanos sus esfuerzos, perdidos muchos por la desorientación inicial, pero el sentido de la obra, su proyección, su hondo contenido humano se hizo advertencia y admonición y, ya comienza a vencer resistencias, ya comienza a encontrar ayuda y, mañana, frente a la obra maciza, frente a la alegría de los niños ayer tristes, frente al trabajo creador de las manos ayer inhábiles, frente al esfuerzo de mentes ayer estáticas, acaso un recuerdo cariñoso sacuda las cenizas de todos los que se dieron, picapedreros silenciosos en la montaña adusta, a la tarea anónima de colocar una idea en donde cabía apenas la pólvora mojada de un impulso.

No escribimos para destacar perfiles, trazamos una raya en la superficie de los problemas; la juventud que se nos aleja nos reconcentra en el recuerdo de lo que fué, pero todavía es oxígeno; es destello aún en nuestras rutas; acaso nos sintamos contentos de haber abierto una senda, pero la ambición de seguirla acaso derrita la nieve de nuestra vejez.